

**Revista Latinoamericana de Estudios Educativos** (México), vol. XXX, núm. 3, pp. 129-131

JACINTO, CLAUDIA. *Programas de educación para jóvenes desfavorecidos: enfoques y tendencias en América Latina*, UNESCO, IIEP, París, 1999 xx pp.

Las sociedades avanzan, se modernizan; los tratados internacionales se extienden cada vez más; “la vida moderna” nos invade. Sin embargo, existen problemas y lacras sociales que no encuentran nunca una solución, si no definitiva, que por lo menos abra el camino hacia una convivencia verdaderamente más justa y armónica. En medio de esta vorágine de tecnología, información, ofertas de diversiones y entretenimientos que ponen cada vez más en riesgo la integridad del ser humano, la juventud parece ser la más vulnerable en medio de un pretendido “progreso social”.

El libro del que me ocupo abre la conciencia hacia el problema de la juventud que, pese a los discursos de muchos y los esfuerzos de unos cuantos, sigue en el abandono. Se refiere a los niños que dejan la escuela, a los jóvenes que no estudian, que no tienen trabajo, a las personas que van como siempre a la zaga del mundo moderno.

La autora del libro recopila y sistematiza algunas experiencias educativas para atender a estos jóvenes, antes llamados en “rezago”, a los que ella denomina “desfavorecidos en América Latina”.

Nos advierte de la imposibilidad de recopilar todo lo que se ha hecho en la década de los noventa, porque es demasiado y tan variado, que rebasa las posibilidades del libro. Extraña paradoja, habiendo tanto camino andado, el problema sigue sin resolverse: millones de jóvenes y adultos siguen sin saber leer ni escribir, sin poder incorporarse de una manera digna a la vida del trabajo y de la ciudadanía. Ahí están las jóvenes adolescentes que tienen que vender su cuerpo para subsistir y los niños que salen a trabajar a la calle y que más tarde engrosarán las filas de los adultos sin estudios y sin trabajo.

Aunque el libro no se ocupa específicamente de ellas, su lectura me llevó a pensar en la vida de las miles de mujeres adultas en las comunidades rurales que, sin saber leer ni escribir, se ven imposibilitadas incluso para apoyar a sus hijos al menos en las tareas escolares; en los grupos llamados étnicos, que permanecen aislados e incomprensidos, porque no hablamos su idio-

ma ni entendemos su filosofía de vida; en los hombres que, siendo jóvenes, terminan su existencia tirados en una banqueta de la gran ciudad.

La lectura del libro me remitió también a la experiencia de nuestro país en las décadas de los setenta y ochenta, cuando muchos de nosotros intentamos experiencias educativas y formativas diversas, pero todas encaminadas a lograr que las personas que forman el “sector desfavorecido” se apropiaran de los conocimientos y los medios necesarios para subsistir en la sociedad.

El tiempo ha pasado. Más de 20 años dan cuenta de una lucha callada por recuperar el valor de estas personas. Las lecciones aprendidas existen. Sin embargo, vemos que entre las prioridades educativas para el sexenio que inició en nuestro país, se menciona otra vez “abatir el rezago educativo”. Creo que ya no hay razones para que eso no se logre. Libros como éste enseñan claramente dónde están los nudos teóricos y estratégicos que han impedido llegar a esa meta.

La autora nos introduce nuevamente, a la luz de las experiencias que recoge, a la discusión de los temas eternos de la desigualdad y la diversidad. Ciertamente se ha avanzado. Se reconoce que no basta con una palabra o un concepto para referirse a una población tan heterogénea como la que constituyen los niños, jóvenes y adultos que padecen las consecuencias de vivir en la pobreza y que han sido expulsados de la escuela o simplemente no han podido llegar a ella. Es necesario estudiar a cada población y reconocer la diversidad de los factores que han contribuido a incrementar esa situación conforme pasan los años. La acción, entonces, habrá de concentrarse en esos factores para no repetir la historia. Algunos de ellos atañen a la escuela, otros al mundo del trabajo, otros a la situación familiar y todos, ciertamente, a la administración gubernamental.

La solución no es sencilla. Es necesario diferenciar los grupos, pero pensar en la totalidad. Concebir estrategias diferenciadas, pero no ahondar las desigualdades. Dejar de situar el problema en las personas para reconocer que éste está del otro lado, está en la sociedad que no ha sabido hacerlos partícipes de sus adelantos.

El libro ofrece una sistematización de diversas experiencias llevadas a cabo en varios países de América Latina, dirigidas específicamente a “grupos de jóvenes sin calificación, que no han tenido acceso a la escolarización o que han sido excluidos prematuramente”.

Ubica, en primer lugar, la problemática que vivimos en nuestros países, mostrando las desigualdades en torno a la escolarización y al acceso al trabajo, así como las políticas implantadas en la década de los noventa para tratar de abatirlas. El análisis es interesante porque deja claridad en cuanto a los enfoques que se encuentran detrás de cada una de las políticas implantadas

hasta ahora. Ésta es una aportación del libro, porque permite establecer la relación no siempre explícita entre una determinada manera de percibir un problema y la solución que se le da. Termina con una descripción de los grupos de jóvenes que se encuentran en situación de desigualdad.

Después presenta las estrategias analizadas, y a partir de ahí los lectores podemos darnos cuenta de dos cosas: por una parte, de la variedad y riqueza de las acciones que se han intentado (en este sentido es una lástima que el estudio sólo se circunscriba a la década de los noventa porque, como dije antes, en las décadas anteriores hay también experiencias y lecciones muy enriquecedoras que valdría la pena recuperar). Por otra parte, de las limitaciones, los nudos, las deficiencias con las que se han encontrado estas experiencias.

Entre la riqueza que aporta cada caso me interesa resaltar la integralidad creciente con la que se aborda el problema. Las personas cada vez más se consideran como seres humanos con experiencias, sentimientos, aspiraciones y no sólo como objetos de intervención. Por lo tanto, las experiencias educativas son también cada vez más integrales. Es interesante ver que en una oferta educativa de capacitación para el trabajo, se presta atención al desarrollo de la autoestima de los jóvenes y al proceso por el que pueden pasar en una nueva experiencia de trabajo.

Entre los nudos que obstaculizan el avance de la labor con estos grupos (aunque la autora no los llama nudos) quisiera destacar que la lectura me confirma en la hipótesis de que si los gobiernos realmente quieren incorporar a los millones de personas que constituyen los "sectores desfavorecidos" a la sociedad moderna, tienen que reconocer el costo que les implica y estar dispuestos a afrontarlo, puesto que en gran parte son responsables de lo que pasa.

La autora señala claramente que las estrategias de atención a estos sectores de la población implican el aprovechamiento de una gran cantidad de recursos, que existen unos en la sociedad civil, quien puede estar al tanto del proceso de estos jóvenes y apoyar con oportunidades de trabajo o con saberes específicos; otros en los gobiernos y otras instancias sociales, quienes pueden aportar infraestructura y otros recursos en los académicos, que a su vez pueden aportar sus conocimientos. En fin, para abatir el problema se requiere la colaboración de todos, pero ante todo la voluntad política para conjuntar esfuerzos y talentos.

Repito, las lecciones aprendidas están ahí. Los educadores no deben dejar de actuar y los tomadores de decisiones deben conocerlas y aprovecharlas.

**Lesvia Rosas**

CEE